

ALFAGUARA



Marina Mayoral

Recuerda, cuerpo

Recuerda, cuerpo, no sólo cuánto fuiste amado,
no solamente en qué lechos estuviste,
sino también aquellos deseos de ti
que en los ojos brillaron
y temblaron en las voces — y que hicieron
vanos los obstáculos del destino.
Ahora que todos ellos son cosa del pasado
casi parece como si hubieras satisfecho
aquellos deseos — cómo ardían,
recuerda, en los ojos que te contemplaban;
cómo temblaron por ti, en las voces, recuerda, cuerpo.

KONSTANTINO KAVAFIS

A Deo, por los buenos momentos

Índice

| | |
|--|-----|
| Aquel rincón oscuro | 13 |
| Adiós, Antinea | 31 |
| El buen camino | 57 |
| Antes que el tiempo muera | 73 |
| El dardo de oro | 91 |
| En los parques, al anochecer | 107 |
| Sólo pienso en ti | 119 |
| El fantasma de la niña negra | 131 |
| Los cuerpos transparentes | 149 |
| La belleza del ébano | 167 |
| La última vez | 185 |
| Recuerda, cuerpo | 201 |

Aquel rincón oscuro

*Ay, el rincón de tu vientre;
el callejón de tu carne;
el callejón sin salida
donde agonicé una tarde.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

En cuanto Mercedes se presentó en casa, mi madre le dijo que tendría que recogerse la melena y que nada de zapatos de tacón, y Mercedes le contestó que bueno, pero que los jueves y domingos por la tarde se los pondría y se soltaría el pelo, que a ella le gustaba y mientras no fuese algo indecente cada uno podía ir a su gusto. Por la noche, mamá le explicó a papá que la nueva chica le había parecido un poco respondona y que llevaba una melena como Gilda, pero que las monjas le habían dicho que era trabajadora y limpia y que podía dejar oro a su alcance, y que no había mucho donde escoger. Así que a ver qué te parece a ti, le dijo. Y papá:

—Pues lo que tú digas, yo ni siquiera la he visto.

Y mamá:

—De momento no hay nada mejor.

A la mañana siguiente Mercedes llegó a casa, se metió en su cuarto, se recogió la melena en un moño y se puso una bata de cuadros verdes para hacer la limpieza y un unifor-

me azul oscuro para servir la mesa y abrir la puerta a las visitas. Pero aun así se notaba que era muy joven y muy guapa.

Además era muy simpática. Las otras criadas que habíamos tenido eran viejas y siempre estaban oyendo seriales por la radio. Te acercabas a pedir la merienda o un vaso de agua y decían: A ver qué quieres tú ahora, ya podías venir todos juntos, no pises que acabo de fregar, ¿tú no tenías que estar estudiando?, ¿es que no podéis dejarme un rato tranquila...?

Mercedes era diferente. Oía música por la radio y cantaba cuando limpiaba el polvo, siguiendo el ritmo con el plumero y marcándose unos pasos de mambo o de chachachá. Un día mamá la vio y le dijo: Mercedes, esto es una casa seria, no un salón de baile.

Por la noche se lo contó a papá, y papá dijo: No hay que ser tan severa; a fin de cuentas da gusto ver a alguien que trabaja con alegría.

Y mamá muy tiesa:

—Con desvergüenza, querrás decir.

Y papá:

—Por Dios, Rosario, no empecemos.

Y mamá:

—Baja la voz que ya sólo me falta que nos oigan discutir los chicos por culpa de la criada.

A partir de entonces Mercedes sólo cantaba cuando mi madre no andaba cerca, porque

además de guapa y alegre era amable y complaciente, y cuando rompía un vaso no ocultaba los trozos ni nos echaba la culpa a los pequeños como hacían las otras, le dijo Alberto, mi hermano mayor, a mamá, y que, desde que ella había venido, su cuarto estaba más limpio que nunca y que limpiaba los libros uno por uno. Y mamá muy enfadada le dijo:

—Tú te callas.

Alberto no volvió a hablarle de Mercedes a mamá, pero tenía razón en lo que decía. Mercedes era muy simpática y muy cariñosa. A las gemelas les dejaba jugar en el parque a lo que más les gustaba, que era revolcarse en la arena, y no le importaba que se manchasen el vestido. Y recogía la ceniza del puro que a mi padre se le caía en la alfombra y en la mesa de trabajo. A veces le hacía un gesto de amenaza con la mano y él decía:

—Perdón, perdón, Mercedes...

Y quería recogerlo él, pero Mercedes no le dejaba:

—¡Quite, quite! Mientras yo esté aquí, usted no limpia la ceniza del puro, ¡faltaría más!

Papá se aturullaba un poco, pero se notaba que le caía bien Mercedes y la defendía cuando mamá decía que era una descarada y que no debía consentir que lo tratase con tanta familiaridad.

Excepto a mamá, Mercedes le caía bien a todo el mundo. A mis amigos de clase también. Cuando iba a buscar a las gemelas al Colegio, a veces me esperaba a mí, y otros chicos le hacían señas y le decían tonterías, presumiendo de mayores. Yo era el más pequeño de mi grupo, porque cumplo los años en diciembre y porque mi padre, que era profesor, me preparó para hacer ingreso y primero a un tiempo; así llevaría dos años de adelanto, decía él, pero en realidad, para las cosas que de verdad importaban, llevaba dos años de atraso, y me daba rabia que mis amigos hombreasen con Mercedes, aunque Mercedes se reía y decía que otro día, que tenía prisa, y no se enfadaba ni nada.

A veces Mercedes me preguntaba la lección. Venía a mi cuarto a guardar la ropa planchada y se quedaba un rato conmigo. Se apoyaba de codos en la mesa para ver lo que yo estaba estudiando y la bata se le ahuecaba por el escote. Yo sentía un perfume que salía de allí dentro y que no era como los otros que conocía: el de «Maderas de Oriente» de mamá, o el de «Álvarez Gómez» de mi padre y mi hermano, o el de Lavanda de Marisina, que era la niña que entonces me gustaba. Era un olor de Mercedes, que salía de su cuerpo al inclinarse hacia mí y decirme:

—¿Quieres que te pregunte la lección?

Yo aspiraba aquel olor y decía que sí con la cabeza, mientras me esforzaba en controlar los fenómenos que se sucedían en mi cuerpo: el temblor de la voz, el calor que me subía a la cara, el escalofrío que me recorría los riñones y sobre todo aquella hinchazón en la entrepierna que crecía y crecía a despecho de mi voluntad. Mercedes decía:

—No mires.

Y yo apartaba los ojos del hueco de su escote, por donde su olor salía a chorros como una fuente, pero Mercedes quería decir que no mirase el libro y lo cogía para mirarlo ella:

—A ver... Los afluentes del Duero por la margen derecha.

Embriagado por aquella nube olorosa que nos rodeaba y nos apartaba del mundo, yo decía con un hilo de voz:

—El Valderaduey...

—¿Y cuál más? —decía Mercedes, cubriendo con la mano el libro e inclinándose hacia mí—. A ver, ¿cuál más...?

El cuarto se convertía en un mapa gigante de España, donde ríos sin nombre corrían a reunirse con el Duero entre vaharadas de perfume que yo aspiraba con fruición.

—El... ¡El Henares!

Mercedes leía despacio, frunciendo el ceño y ayudándose con el dedo índice:

—No. Aquí no está eso...

—¡El Darro!, ¡el Genil! —decía yo, intentando retenerla.

Pero Mercedes suspiraba y dejando escapar una última oleada de su olor, se volvía al cuarto de plancha:

—No te lo sabes —decía.

Pero no me reñía ni se burlaba de mí y a veces, incluso, me revolvía el pelo con su mano y decía:

—Pobre Quique, de tanto estudiar se te van a estropear esos ojos tan bonitos.

Y cosas así, y todo el tiempo que ella estaba en mi cuarto yo tenía las manos cruzadas encima de la pretina; no fuese a darse cuenta de lo que me pasaba.

Pero a mi madre no le caía bien y con Alberto también hubo problemas. Seguía limpiando su cuarto más que ningún otro, pero no lo trataba como a los demás. Por ejemplo, los jueves y los domingos por la tarde, cuando se ponía los zapatos de tacón y se soltaba la melena, siempre se despedía de todos antes de salir, y mi hermano le decía:

—¡Qué guapa vas, Mercedes!

Ella, en vez de alegrarse como siempre, parecía que se molestaba. Y eso era algo muy raro porque, cuando mis amigos del colegio le echaban piropos, Mercedes se reía, y lo mismo

con el portero y con todos los tenderos del barrio, y a mi padre, que también le decía que iba muy guapa, le contestaba: ¡Los buenos ojos con que usted me mira, don Enrique...!

Sólo con Alberto era diferente. En un primer momento pensé que se hacía la interesante, como Marisina, que el año anterior, cuando yo me quedaba una hora esperando a que saliese de su clase y todas las amigas pasaban cuchicheando por delante de mí y diciéndome entre risitas «adiós, Quique, hasta luego, Quique», ella hacía como que no me veía y no decía nada. Pero enseguida deseché la idea, porque Marisina era una niña tonta y Mercedes no podía comportarse como ella. En todo caso, constaté con inquietud que había algo que no marchaba bien.

Cuando llegó la primavera y empezó a hacer calor, Mercedes se remangó las mangas de la bata de cuadros, y dos veces por semana, limpiaba el vestíbulo que daba al jardín. Se ponía un delantal largo hasta casi los pies, lo anudaba a la cintura y, después de hacer la lazada, le daba la vuelta y el delantal le tapaba las piernas por atrás cuando se arrodillaba para fregar el suelo. En primavera yo estudiaba en la terraza de la sala de estar y desde allí veía a Mercedes de espaldas: cómo metía la bayeta en el cubo, cómo la retorció y la echaba al suelo, y có-

mo empezaba a mover rítmicamente las caderas. Yo miraba embobado los meneos del delantal y repetía a compás: Pisuerga, Valderaduey y Esla; Adaja, o río de Ávila y Tormes, o río de Salamanca; Tajuña, Henares y Tiétar; Gállego, Noguera Pallaresa y Noguera Ribagorzana... Así me fui aprendiendo de memoria todos los ríos de España, porque Mercedes tardaba un buen rato en fregar el vestíbulo. Lo malo era que sólo me sabía los nombres, porque toda mi atención se concentraba en los movimientos de aquella parte que el delantal ocultaba, y nunca pude saber hacia dónde corrían, ni en qué mares iban al fin a morir aquellos ríos evocadores de fragancias turbadoras.

Así siguieron las cosas hasta que un día, antes de ponerse a fregar, Mercedes subió al piso de arriba y, por el sonido de sus pasos, yo diría que al cuarto de mi hermano. Al cabo de un rato bajó muy deprisa, me pareció que enfadada, y sin soltarse el delantal, que lo llevaba recogido en la cintura, ni volverlo hacia atrás, como siempre hacía, se puso a fregar con mucho brío. Entonces vi lo que durante tantos días había permanecido oculto a mis ojos. La bata de cuadros se ceñía a sus caderas y marcaba nítidamente dos promontorios redondos que dejaban en la sombra un rincón oscuro de donde surgían rotundos, con una blancura especial, los muslos de Mercedes.

El corazón se me puso a latir de un modo frenético mientras miraba fascinado el vaivén de aquella gruta misteriosa. De allí, de aquella hondura sombría y no sólo del canal de sus pechos debía de brotar el olor que emanaba de Mercedes y que, súbitamente, llegó a mí como una llamada. Me levanté sin plena conciencia de lo que hacía y, atraído por la blancura de los muslos y la oscuridad del rincón que el borde de la bata velaba, avancé despacio hacia ella, como los afluentes corren hacia los ríos caudales y los ríos caudales hacia el mar.

Llegué a su lado sin que Mercedes se volviera ni dejase de fregar. Yo miraba casi sin respirar, en trance, aquellos muslos, cuya piel, de cerca, no se parecía a nada de cuanto hasta entonces había visto: ni espuma, ni pétalos de flor, ni seda, ni nieve. Era algo nuevo y distinto. Allí estaban ante mis ojos fascinados: los muslos blancos, las caderas redondas, las nalgas rotundas, la hendidura que marcaba el camino hacia el rincón oculto de donde emanaba el olor de Mercedes. Extendí la mano y lo toqué. Entonces Mercedes se puso en pie de un salto y por un instante me miró sorprendida.

—¿Tú? —dijo.

Y enseguida me soltó una bofetada y añadió:

—¡Mira el mosquito muerta!

Desde entonces todo fue diferente. Mercedes parecía que lo había olvidado, pero ya no era lo mismo. Cuando se acodaba en la mesa para ver si me sabía los ríos, se ponía una mano en el escote, y empezó a preguntarme si tenía novia en el Colegio y quién me gustaba. A mí, cuando me hablaba de eso, me ardía la cara por el lado donde me había dado la bofetada y me ponía muy nervioso. Sabía que no se me notaba el rubor, porque un día me miré en el espejo del salón cuando Mercedes me preguntó si me gustaba una rubita, esa que la llaman Marisina, dijo. No sé cómo pudo darse cuenta, o quién se lo contaría, igual fueron mis amigos por dárselas de hombres y para burlarse de lo que yo hacía el año anterior, que me pasaba una hora esperando sólo para verla pasar. Marisina no me importaba ya, pero la mejilla me ardía, y me miré en el espejo al pasar y vi que tenía la cara completamente blanca. Pero, aun así, yo la sentía como si echase fuego y siempre cuando Mercedes me hablaba de esas cosas, me ponía muy nervioso.

Para acabar de empeorar la situación, pasó lo de mi hermano. Un día Mercedes se puso a fregar sin delantal. Mejor dicho: se lo recogió en la cintura y se puso a fregar, cantando en voz alta y moviendo mucho las caderas. Casi enseguida mi hermano salió de su cuarto, bajó

al vestíbulo y se quedó parado al pie de la escalera. Sin duda estaba viendo los muslos y el rincón misterioso de Mercedes. Yo quedaba a sus espaldas, podía observarlo todo sin levantar apenas la cabeza del libro, y mi experiencia me permitía anticipar lo que iba a ocurrir.

Mi hermano se fue acercando a Mercedes en silencio, y, por la lentitud de sus pasos, yo deduje que tan fascinado como yo lo había estado. Al llegar junto a ella, atraído por la misma fuerza imperiosa que a mí me había guiado, extendió su mano y la posó donde yo lo había hecho. Mercedes entonces se levantó rápida y yo pensé: ahora viene la torta...

Mercedes alzó la mano, en efecto, pero mi hermano se la cogió en el aire y se la sujetó a la espalda, y también la otra, y los dos empezaron a decir cosas al mismo tiempo, como si gritasen, pero en voz baja:

—¡Que no me toques, te digo!

—¡No seas tonta, Merce!

—¡Si estás caliente vete con tu novia!

—¡Que no hay tal novia, mujer!

—¡Pues te la buscas!

—¡Venga, no seas tonta!

Mercedes luchaba por liberarse y mi hermano la apretaba más fuerte, y Mercedes le decía que era un bestia y que le estaba haciendo daño, y suéltame, suéltame.

Decidí que había llegado el momento de intervenir, porque, aunque Alberto era mi hermano mayor, un caballero debe defender siempre a una dama, y yo me sentía como el Guerrero del Antifaz salvando a la mora Zoraida, que era la que a mí me gustaba y no la sosa de Ana María, y no podía quedarme allí quieto, mientras Mercedes se agitaba y decía suéltame, suéltame. Así que corrí hacia ellos y cogí a Alberto por un brazo, y justo entonces, al mirar a Mercedes para recibir su mirada de admiración y agradecimiento, me di cuenta de que ella no quería que mi hermano la soltase. Y mi hermano dijo:

—¿Por qué no te vas a estudiar a tu cuarto?

Los días siguientes me quedé en el Colegio con el pretexto de preparar mejor los exámenes y sólo veía a Mercedes con el uniforme azul oscuro a la hora de cenar, pero cuando ella me miraba sentía más calor que nunca en la mejilla de la bofetada.

Todo siguió igual hasta la noche de un jueves de junio. Yo había pasado la tarde en el Colegio, castigado por haber suspendido Geografía. Al llegar a casa, Mercedes estaba con la melena suelta y los zapatos de tacón, llorando y diciéndole a mi madre:

—No se preocupe, que me voy ahora mismo.

Y papá estaba en el cuarto de Alberto, diciéndole a mi hermano:

—¡Qué poca cabeza y qué poca vergüenza!

Y Alberto:

—Te aseguro que...

No llegué a oír lo que le aseguraba porque la voz de papá, mucho más fuerte, seguía diciendo:

—¡En la casa de tus padres, qué desvergüenza, qué falta de respeto!

Me fui al piso de abajo a ver lo que pasaba con Mercedes, pero mi madre nos dio a las gemelas y a mí un vaso de leche y unas galletas y nos dijo que enseguida a la cama. Como yo remoloneaba, me lo puso en una bandeja y me mandó a mi cuarto. Desde allí, con la puerta entreabierta, oí cómo mi padre le decía a Mercedes que esperase a la mañana siguiente y cómo Mercedes decía que no, que no. Y oí a mi madre haciéndole la cuenta, y después, desde la ventana, la vi salir con su maleta en la mano, y pensé asomarme y llamarla, pero iba muy de prisa y, cuando me decidí, ya doblaba la esquina. También pensé en bajar al piso de abajo y decirles a todos que Mercedes era maravillosa y nosotros unos fascistas explotadores del proletariado, que se lo había oído a un amigo de Alberto. Al final lo que hice fue

meterme en la cama y llorar hasta que me quedé dormido.

Al día siguiente cuando mi madre vino a despertarme yo tenía un dolor de cabeza muy fuerte y los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos. Mamá me puso la mano en la frente y como no estaba caliente dijo:

—Esto es que te ha picado algún mosquito por la noche. ¡Venga, levántate, que tienes que aprobar la Geografía!

Así que me fui al Colegio pensando que era un niño estúpido y cobarde. Y seguí pensándolo hasta que vi de nuevo a Mercedes.

Ya a punto de acabar el curso, ella apareció una tarde, a la salida de las clases, en la acera de enfrente del Colegio. Llevaba un traje escotado, los zapatos de tacón y la melena de Gilda. Me hizo señas con la mano y gritó:

—¡Eh, Quique!

Todos mis amigos se quedaron allí plantados, y también Marisina y sus amigas. Yo crucé la calle sin acordarme de mirar si venían coches, que era la cantilena de mi madre, y sin ver más que a Mercedes, que me esperaba sonriendo. Por un momento pensé que volvía a casa y que Santa Rita, abogada de imposibles, había aceptado mi trato. Pero Mercedes me colocó el mechón de pelo que se me cae siempre sobre la frente y dijo:

—Me voy a Alemania. He venido a despedirme de ti, Quique.

Y después dijo:

—Perdóname por la bofetada.

Y entonces se inclinó hacia mí, porque con los tacones era un poco más alta, y puso sus labios primero en mi mejilla, y después los fue corriendo y los puso sobre los míos. Yo sentí, al mismo tiempo que el beso, aquel olor hondo que salía de su rincón oscuro. Y no sentí vergüenza.

Durante mucho tiempo seguí durmiendo con las manos por encima del embozo, esperando que Santa Rita hiciese el milagro. No lo hizo. Pero en septiembre saqué notable en Geografía.